

Medios siglo entre libros y periódicos

Viaje por la biblioteca y las fuentes de un periodista*

MATEO MADRIDEJOS VIVES



Introducción

- 1.- Palabras de gratitud hacia el presentador, el colega Vicente Oya, y los responsables del IEG, que han tenido la gentileza de invitarme para regresar a mi tierra como conferenciante.
- 2.- Explicar las razones de mi presencia en la tribuna. Un periodista que lleva medio siglo ejerciendo la profesión en Barcelona y que ha tenido la inquietud y la suerte de reunir unos 30.000 libros y publicaciones diversas, una biblioteca de contenido heterogéneo, especializada en dos grandes ámbitos del saber: la historia tanto española como universal y las relaciones internacionales. Y quizá la

razón más importante: mi deseo de donar esa biblioteca a alguna entidad giennense para que pueda ser utilizada por las generaciones venideras. Al tal fin estoy en conversaciones con la universidad de Jaén y el mismo IEG.

- 3.- Mi charla ante ustedes se propone contarles precisamente cómo se gestó y fue creciendo la biblioteca, en un ambiente familiar propicio, en muy estrecha relación con mis viajes por medio mundo como periodista. Aunque los periodistas no debemos convertirnos en noticia, los responsables del IEG consideraron que podía ser interesante que les hablara de mi biblioteca en esta víspera del Día del Libro.

*Conferencia pronunciada en el Instituto de Estudios Giennenses, Jaén, 22 de abril de 2008

Viaje por la biblioteca

El relato sobre cualquier colección organizada de libros o biblioteca, como ustedes quieran; sobre su pequeña historia y su contenido, tiene mucho de biográfico y encubre una pasión, a veces desmedida, por la lectura y el libro. Detrás de una biblioteca, por modesta que sea, siempre se oculta el iniciador, el lector-bibliotecario, el amante, el hijo intelectual y el cuidador o jardinero, en las diversas etapas de su vida. Los libros son –o al menos eran antes de la eclosión cibernética– el mejor instrumento para la formación permanente. Con ellos construimos nuestra identidad y, lógicamente, nuestra utilitaria o idealista concepción del mundo, siempre de manera un poco precaria o provisional.

En los libros que lo circundan están el hombre y sus circunstancias, podríamos decir, parafraseando a Ortega. Los libros ocupan un espacio físico pero también simbólico en el que se reflejan todos los avatares de nuestra vida. El catálogo resume la biografía intelectual de su dueño. Por eso dejamos en los libros algunas huellas que nos delatan e identifican: acotaciones al margen, frases subrayadas, registros olvidados, y en mi caso, la firma y la fecha de adquisición.

El título de la conferencia se corresponde con una realidad: la vinculación estrecha, diría que inextricable, entre mi vida y los libros, los acontecimientos y las lecturas, en estrecha relación con los numerosos viajes a que me llevó mi dedicación al periodismo como corresponsal y comentarista de los asuntos mundiales.

Un poco vencida mi pluma por la edad, si se me permite recordar los inmortales versos de Quevedo, rodeado de unos 30.000 libros, colecciones de revistas y otras publicaciones en serie, carpetas de archivo, periódicos y otros impresos, junto con pequeños retratos (dibujos a tinta) de Ortega, Unamuno, Pessoa y Malraux, que se yerguen en anaqueles oscurecidos por la edad, les confieso que a veces empiezo a sentirme como un superviviente, un hombre de otro tiempo, aunque siga trabajando en un periódico, *El Periódico de Catalunya*, con el pulso agitado del

presente. Nunca como en el siglo XX la técnica avanzó de manera tan acelerada y avasalladora, quemando etapas.

Desde que tengo uso de razón, los libros me despertaron una curiosidad irrefrenable que, gracias a Dios, está lejos de haberse mitigado. Ahora que los hijos están emancipados, mi mujer y yo convivimos con los miles de libros que han invadido todas las estancias y se apretujan en las estanterías o que, fatigados del ajeteo, descansan en grandes cajas a la espera de otro destino menos problemático.

La biblioteca se confunde con el hogar, el lugar al que siempre se regresa. Muchos libros se esconden en la doble fila de las baldas, pero sabemos que son los hijos que no se emanciparán jamás, que seguirán ahí, como acicate espiritual, para ayudarnos y para suscitar nuestra melancolía, vigilándonos para no permitir nuestro abandono ni nuestra incuria. Porque la literatura y los libros no ofrecen seguridad, no resuelven la vida, sino que más bien despiertan inquietud y provocan incertidumbre.

La pasión de la lectura precedió lógicamente a la de bibliófilo y surgió en Quesada, a 100 kilómetros de aquí, inmediatamente después de la guerra civil, entre los números atrasados de la revista *Blanco y Negro*, de la época de la Segunda República; las páginas diarias del *Abc* que leían mis padres; y, sobre todo, los libros de la biblioteca del ayuntamiento, de los que recuerdo con especial afecto los de la benemérita colección Universal de la editorial Espasa Calpe (tapas amarillas, títulos en rojo), primer intento de libro de bolsillo de calidad en España, con excelentes traducciones, con precios que oscilaban entre los 25 y los 50 céntimos de peseta.

Esos libros empezaron a gustarme más que los tebeos de Roberto Alcázar y Pedrín, la célebre pareja policial de la época. Un poco a hurtadillas, como el que se adentra en territorio prohibido o ignoto, leí las grandes novelas del siglo XIX, algunas con especial delectación como *Rojo y Negro*, de Stendhal; *Cumbres borrascosas*, de Emily Bronte; *La educación sentimental*, de Gustave Flaubert; una tetralogía turbulenta del ruso Nicolás

Garin (*La primavera de la vida, Los colegiales, Los estudiantes, Los ingenieros*) con las sucesivas aventuras de Tioma Kartachev; y hasta las *Confesiones*, de Jean-Jacques Rousseau, de lectura turbadora, poco aconsejables para un niño que jugaba al ajedrez con la abuela y devoraba grandes textos literarios de manera autodidacta y desordenada, cuya importancia sólo comprendí más tarde.

No estará de más que cite el *Javier Mariño*, de Gonzalo Torrente Ballester, una novela también conflictiva y escabrosa, asequible quizá porque el autor, como el protagonista, era a la sazón un apasionado militante de Falange, muy alejado del que admirarían muchos de ustedes en la famosa tetralogía de *Los gozos y las sombras*, que alcanzó gran popularidad con una serie televisiva. Tampoco deseo pasar por alto *Los Episodios Nacionales*, del ilustre patriota Benito Pérez Galdós; el Quijote familiar y los libros escolares del inspector de enseñanza Agustín Serrano de Haro, que tanta añoranza me producen: *Hemos visto al Señor*, conocido en la jerga escolar como «Hemovito» [al Señor], al hilo del relato evangélico; *Yo soy español y España es así*, un epítome apresurado de las ideas de Menéndez y Pelayo.

De Jaén a Barcelona

Empecé a estudiar el bachillerato, como alumno interno en el colegio de San Agustín, que dirigía don Cándido Nogales, muy cerca de aquí, en 1942, con buen aprovechamiento, como se dice, pero sin otros libros que los de las asignaturas obligatorias. Mis recuerdos son agri-dulces, pero embellecidos por la pátina. Lo que descubrí aquí, en Jaén, fue el cine, precisamente el llamado arte del siglo XX, en las sesiones de tarde del Darymelia, luego de una más que frugal comida, como dictaba la penuria de la época, y de haber paseado por el parque de la Victoria o asistido a un partido de fútbol en el campo de Peñamefécit. Recuerdo que llevaba a la sazón una agenda, definitivamente extraviada, en la que iba anotando la película que veía cada domingo, un resumen de su argumento y, presuntuosamente, la nota que me merecía según un canon de mi invención.

La vocación literaria se consolidó en las largas vacaciones de verano (cuatro meses) en Quesada, en las que ahora, al evocarlas, me parece que había tiempo para todo y, en mi caso, para leer sin descanso, para seguir escudriñando todos los recovecos de la biblioteca municipal. Siempre me viene a la memoria la entrañable presencia de Gregorio Martínez Almansa, funcionario del ayuntamiento, que atesoraba una excelente biblioteca – la mejor colección de libros de Quesada, con los clásicos españoles y extranjeros de la editorial Aguilar, encuadernados en piel– y que guió mis primeros pasos por los *Heterodoxos* de Menéndez Pelayo; las novelas de Galdós, primer reducto de lo prohibido o poco conveniente, debido a su agnosticismo –cómo no recordar a *Marianela, Gloria, La familia de León Roch*–, y los grandes ensayistas y novelistas de la Generación del 98: Unamuno, sobre todos, pero también Ángel Ganivet, Antonio Machado, Azorín y Pío Baroja, que serían decisivos en mi formación humanística y ocupan un espacio de la más alta estima en los anaqueles.

Ya en los años 50, recuerdo la alegría contagiosa de ver publicado mi primer artículo en el diario *Jaén*, con unas pedantes y polémicas apostillas sobre la Teoría de Andalucía de don José Ortega y Gasset, si la memoria no me falla.

El amor por el libro nace probablemente con uno, sin que se sepa muy bien por qué, de manera harto espontánea e inesperada, pero sin duda puede cultivarse desde edad temprana, como fue mi caso. Y de ahí a la vocación literaria no hay más que un paso. La vocación literaria que entonces podía desembocar en las letras o el periodismo. No obstante, los consejos de mi familia, alegando con razón que era muy difícil vivir de la pluma, me llevaron a cursar la carrera de derecho, sin que el estudio de las leyes atenuara mi vocación. Años de formación, de las compras de los primeros libros de la colección Austral, que sustituyó en 1940 a la Universal, y de la que atesoro más de 500 volúmenes que se mantienen unidos en el espacio porque no he sido capaz de dispersarlos por autores o por el color que define su temática (verde, naranja, azul, gris).

También fue el tiempo de las primeras inquietudes políticas, del aldabonazo y las lecturas compulsivas de *España invertebrada*, *Meditaciones del Quijote* y *La rebelión de las masas*, del Ortega y Gasset periodista, de las que aún puedo recitar párrafos enteros, en las ediciones de la Revista de Occidente (tapas color hueso, letras rojas) que releo con especial fruición. De los ensayos del Dr. Gregorio Marañón publicados por la Austral (*Vida e historia*, *Ensayos liberales*, *Los españoles fuera de España*) y de los intentos de imitar el estilo del *Viaje a la Alcarria*, de Camilo José Cela. Y, en fin, varios descubrimientos y algún asombro. Una novela realista pero de alto simbolismo –*La peste*, de Albert Camus– y dos novelas de anticipación –*1984*, de George Orwell y *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley– que, como ustedes saben, narran la vivencia y los desenlaces probables y tremebundos del sistema totalitario, uno de los azotes del siglo. Y la deslumbrante orfebrería de *En busca del tiempo perdido*, el meticuloso relato de Marcel Proust, en la excelente traducción del poeta Pedro Salinas y José María Quiroga Pla, vuelta de tuerca estilística, insuperable, y que para mí implicó la voluntad de adoptar el francés como segunda lengua de cultura.

Con el estudio de la carrera de periodismo, en la entonces Escuela Oficial de Madrid, que coincidió con mis primeros años de matrimonio, mi vocación literaria experimentó una especialización que aún perdura, orientada hacia los problemas internacionales. Fue la época de los impecaderos artículos de Mariano José de Larra, –*El Ministerial*, *Día de Difuntos*, *Dios nos asista*, *Vuelva usted mañana*– leídos y releídos en la edición de Aguilar; de los libros de Julio Camba, corresponsal y articulista, reunidos en varios volúmenes de la Austral, que eran una ventana abierta, una visión a veces sarcástica de las grandes capitales (*Londres*, *La ciudad automática*, *La rana viajera*); de *Las acotaciones de un oyente*, las crónicas parlamentarias de Wenceslao Fernández Flórez; del aprendizaje de las técnicas periodísticas, pero también de mis primeros escauceos con la política internacional: la empresa tan admirable como frustrada del general Humberto Delgado en Portugal, en su desafío contra la dictadura de Salazar, en 1958, o la campaña electoral en Esta-

dos Unidos que enfrentó al católico y demócrata John Kennedy y al republicano Richard Nixon en 1960, cuyo debate televisado figura en los anales de la confrontación política.

La aparición de un nuevo periódico en Barcelona, el vespertino *Tele-Expres*, en septiembre de 1964, del que fui fundador y jefe de la sección de Internacional desde el primer momento, señaló el punto de inflexión profesional del que ya no se regresa, a pesar del consejo orteguiano de que la profesión de periodista es muy halagadora si se sabe abandonar a tiempo. Este definitivo compromiso, coincidente con una relativa bonanza económica, todo hay que decirlo, dio a la naciente biblioteca un impulso decisivo e irrevocable. Para mí fue un revulsivo, una esperanza y una incitación para trotar por el ancho mundo.

Los libros y los periódicos se convirtieron en una obligación elegida, en el eje vital de nuestra existencia. En esas circunstancias, el trabajo deviene una apasionada y exigente dedicación. Desde entonces leo todos los días los diarios *Le Monde* e *International Herald Tribune*, verdadero rotativo global norteamericano con varias ediciones en Europa. Con menos asiduidad, el londinense *The Guardian*, el italiano *La Stampa*, la revista *Newsweek* y la versión inglesa de la alemana *Der Spiegel*. Ahora los sigo, desde muy temprano, a través de internet. Los recortes de todos ellos forman el grueso del archivo por países y organizaciones que tanto me ayuda en el trabajo.

El inglés braceaba para abrirse paso en mis preocupaciones, como instrumento imprescindible para seguir los avatares mundiales, de manera que todos los días, antes de acudir al periódico, escuchaba sistemáticamente el boletín de noticias de la BBC en inglés. Uno de mis primeros ensayos de historia inmediata, *Colonialismo y neocolonialismo*, contó con una entrevista que realicé en francés al entonces presidente de Senegal, el poeta Léopold Sédar Senghor.

Diez años después, nuestros tres hijos estaban literalmente rodeados de libros, como si les faltara espacio vital, y hubimos de cambiar de casa para buscar alojamiento a la desbordante

biblioteca. Diccionarios y enciclopedias (en español, francés e inglés), libros de consulta, libros del año, un archivo en aumento y una creciente documentación ocuparon la sala que habíamos previsto y se extendieron por todos los espacio de una vivienda ya concebida para esos fines.

Como muchos españoles de la época del desarrollismo y la búsqueda de la prosperidad, estuve pluriempleado en las horas libres. Fui traductor del Consejo Británico y colaboré habitualmente con las editoriales barcelonesas Salvat y Planeta como redactor de biografías políticas y temas de historia inmediata para las enciclopedias y los libros del año. También redacté varias monografías sobre acontecimientos del siglo XX: las batallas de la Segunda Guerra Mundial o las dedicadas a la evolución de China desde la proclamación de la República en 1911 a la Revolución cultural. Cada día llegaban más libros mi casa, muchos de ellos imprescindibles para seguir trabajando.

Y entonces surgió el fantasma del coleccionismo, de la bibliofilia o bibliomanía sin freno, como un bien en sí, como puede comprobarse con la colección completa del libro de bolsillo de Alianza Editorial, desde su inicio en 1966 hasta su dolorosa extinción en 1998 (casi 2.000 volúmenes), que acampa en uno de los pasillos. Y la ritual visita de los domingos al mercado de San Antonio, de Barcelona, donde en aquella época aún se encontraban buenos libros de ocasión a precios que hoy nos parecen irrisorios. O la compra de algún título repetido si la edición material o erudita resultaba atrayente, como me ocurre a veces con los clásicos.

Mis frecuentes viajes al extranjero y una prolongada estancia en París como corresponsal añadieron gasolina, como suele decirse, al fuego sagrado de los libros. Luego de ser testigo de los acontecimientos entre marzo y junio de 1968, la revuelta estudiantil y finalmente obrera que hizo temblar las columnas del régimen del general De Gaulle, regresé a Barcelona con toda la floración panfletaria que produjo aquella quermés supuestamente revolucionaria, con todos los libros de Camus (en la edición definitiva de la Pléiade) –siempre preferido a Sartre–, las no-

velas de Malraux y todos los libros que encontré sobre España.

También descubrí en las páginas del periódico conservador *Le Figaro* a una de las mentes más lúcidas del siglo, el pensador liberal Raymond Aron, cuyos ensayos sobre la sociedad industrial o el opio de los intelectuales, la extraña fascinación por la utopía comunista, forman parte de mi selecto repertorio de lecturas permanentes. Recuerdo mis repetidas visitas a la famosa Librería Española; a la editorial Ruedo Ibérico, que editaba libros prohibidos en España, y a la librería La Joie de Lire, del editor izquierdista François Maspero, en un callejón del Barrio Latino, donde era notorio que se hurtaban más libros de los que se vendían. Para orientarme en mi trabajo, nada mejor que la colección *Que sais-je?*, de las Presses Universitaires de France, de la que tengo más de 500 ejemplares que constituyen una exhaustiva enciclopedia de la historia de los principales países y de los problemas internacionales.

Y también regresé con el esbozo de un libro que, cuando estaba en galeradas, fue prohibido por la censura de entonces, no por su atrevimiento político, ya que se trataba de un relato periodístico de lo ocurrido, sino más bien por el temor al contagio que se extendía por algunos sectores del franquismo ante la agitación estudiantil que sacudía Europa y Estados Unidos. Pero no guardo rencor a aquel censor barcelonés que informó negativamente del libro y del autor. Después de todo, la historia de los impresos corre paralela con la de la censura, de la misma manera que los libros y sus propietarios siempre se han llevado mal con el poder político.

La sección oriental

Los viajes ampliaron mis intereses y acabaron siempre con una gran remesa de papel impreso (no sólo libros) sobre el país visitado. Estuve un mes en Israel, durante la Guerra de los Seis Días, en junio de 1967, y desde entonces he escrito centenares de artículos y monografías sobre el nacimiento del Estado hebreo, el conflicto árabe-palestino y en general el Oriente Próximo y la petropolítica.

La sección oriental de la biblioteca, como me gusta llamarla, ahora con el añadido de los problemas vinculados con el islam político, es la segunda en importancia numérica del acervo periodístico, sólo superada por la francesa. El admirado sociólogo palestino Edward Said, ya fallecido, alterna con el israelí Shlomo Ben Ami, que fue embajador en España, y los libros de historia y los ensayos se alinean junto a las mejores novelas de los hebreos Amos Oz, A. B. Yehoshua, David Grossman y el palestino Emil Habibi, traducidos al español o al francés. Reina una relativa paz en los anaqueles, la paz imposible sobre el terreno, en el sentido de un equilibrio buscado entre los testimonios y las fuentes de ambos bandos tan cruelmente enfrentados durante más de medio siglo.

Mi afección hacia Portugal se remonta a los años universitarios y surgió sin duda de la lectura continuada del gran don Miguel de Unamuno, aquejado de angustia y de iberismo, cuyo libro *Por tierras de Portugal y España*, editado en la colección Austral desde 1941, me acompañó en mis correrías hispano-portuguesas, mientras descifraba los heterónimos de Pessoa o repasaba la *Historia literaria de Portugal*, de Fidelino de Figueiredo, también publicada en la Austral. Y hasta me interrogaba por la fatalidad de una frontera arbitraria, como una cicatriz en un costado de la península común.

La enfermedad del dictador Antonio Salazar, en septiembre de 1968, me llevó de nuevo a Lisboa, y me incitó a escribir una monografía universitaria para comparar el franquismo y el salazarismo, que no pude publicar. Pero, sobre todo, aquel viaje, centrado en la clínica de la Cruz Roja lisbonense, me procuró el feliz encuentro de un amigo que llegó a ser entrañable, el escritor y periodista Mário Ventura, mejor prosista que José Saramago, según críticos solventes, pero que no tuvo la suerte de encontrar un editor en español que lo lanzara por los inescrutables caminos del éxito literario. Todas sus obras las conservo dedicadas, y si hubiera de elegir una de ellas, me inclinaría por *Vida e morte dos Santiagos*, una conmovedora saga familiar a caballo de la frontera española del Alentejo, influida por el realismo mágico latinoamericano.

Cuando entrevisté al presidente de la República, el general Francisco da Costa Gomes, y al primer ministro, Vasco Gonçalves, en la volátil primavera de 1975, en plena efervescencia revolucionaria, Saramago y Ventura eran el director y subdirector, respectivamente, del lisbonense *Diario de Noticias*, convertido en punta de lanza del Movimiento de los capitanes. Durante mis continuados viajes a Portugal, «la playa más occidental de Europa», como clamaba el ensayista António Sergio, mi biblioteca se fue nutriendo con lo que hoy constituye una apreciable colección de libros de política e historia, sobre todo, de los siglos XIX y XX, y de algunas joyas literarias, como los *Sermoens* del padre jesuita António Vieira, gran creador del portugués moderno, o las obras completas de Eça de Queiroz y Fernando Pessoa.

Como algunos de ustedes recordarán, 1968 fue un año de grandes convulsiones internacionales. No sólo se movilizaron los estudiantes de París, Roma o Berlín. A finales de julio acudí con mi mujer a Praga, para tratar de aclararme el significado del «socialismo en libertad» que anunciaba y capitaneaba Alexander Dubcek. Las entrevistas con algunos funcionarios me persuadieron de que algo grave se estaba gestando. Salimos de Checoslovaquia con destino a Alemania, por la frontera de Pilsen, cuando ya estaba en marcha la operación militar soviética que sofocó el experimento y demostró que el socialismo real era irreformable. Con nosotros llevábamos una edición de Doña *Perfecta*, de Galdós, editada en La Habana, uno de los pocos libros en español que encontramos en las librerías de Praga. También en Estados Unidos, la revuelta estudiantil se contagió a las clases medias, agobiadas por la tragedia de Vietnam, y obligó a tirar la toalla al presidente Lyndon Johnson.

En medio de esta vorágine de viajes, crónicas y artículos –durante unos 15 años estuve publicando diariamente un comentario de actualidad internacional, primero en *Tele-Expres*, después en *El Noticiero Universal*–, el periodista se hizo aprendiz de historiador al cursar la licenciatura en Historia Moderna y Contemporánea en la Universidad de Barcelona, cuando ya peinaba

canas y llevaba recorrido medio mundo. ¿Por qué ese trabajo, esas horas extraordinarias si en verdad el periodista es el historiador del presente? Los manuales universitarios y los trabajos académicos añadieron no sólo conocimientos, sino también disciplina y orden a la tarea periodística un poco anárquica.

Si ustedes me permiten la disquisición, les diré que el periodista es un testigo que tiene el privilegio de vivir los acontecimientos, pero que carece de perspectiva y de contraste, mientras que el historiador se encara con las huellas del pasado y las analiza, trata de revivir lo que ocurrió en su materialidad y su sentido, sin premuras. Ambos menesteres, tan entrelazados, no serían posibles sin una referencia o base axiológica, los valores que enmarcan y guían la elección del tema, el cuidado de las fuentes, la exactitud de los detalles, la exposición rigurosa y la modesta búsqueda de la verdad.

En mi tarea periodística como en los libros de historia reciente o inmediata siempre me he guiado por la máxima de Tácito: *sine ira et studio*, sin encono ni parcialidad. Mantenerme neutral ante las diversas versiones de los hechos o sus interpretaciones. Después de todo, en Occidente, la tradición jurídica y los principios democráticos terminaron por consagrar la neutralidad del Estado, en el sentido de permanecer imparcial entre las diversas ideologías concurrentes en el proceso político o la realidad social. Sin olvidar los principios. Creo que el relativismo destruye tanto al historiador como al periodista porque le lleva a poner sus impresiones, sus hipótesis o sus conclusiones provisionales al servicio de las necesidades políticas del presente, de manera descaradamente anacrónica, con menosprecio de lo que realmente aconteció y de su complejidad.

La Segunda República y la guerra civil

Mi gusto por la historia, que empezó como conocimiento imprescindible para el periodista, como ciencia auxiliar o de perfeccionamiento, se afianzó y especializó en el ámbito universitario,

en la facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona, en la cátedra del profesor Manuel Jiménez de Parga, en la que dirigí un seminario sobre la Segunda República y la guerra civil del que guardo un recuerdo siempre estimulante y la consideración de un alumno que ahora es consejero de la Generalidad. Mi mayor preocupación fue siempre la consulta exhaustiva de las fuentes, sobre todo, el contraste entre los testimonios de los testigos.

Durante mis viajes al extranjero había ido comprando todos los libros encontrados sobre la tragedia de España, de testigos o de historiadores, algunos de los cuales conservo en sus primeras ediciones: *La guerra civil española*, del británico Hugh Thomas; *La República española y la guerra civil*, del norteamericano Gabriel Jackson; *El laberinto español*, de Gerald Brenan; y la *Falange*, de Stanley Payne. En Barcelona adquirí, gracias a un vendedor ambulante de libros que aún visita las redacciones de los periódicos, las obras de los principales testigos, entre otras: las primeras ediciones de las *Obras Completas*, de Manuel Azaña, editadas en México; las *Convulsiones de España*, de Indalecio Prieto, también en primera edición mexicana; *La revolución española*, del estadounidense Burnett Bolloten, de asombrosa erudición; y *El eco de los días*, las memorias del líder anarquista y ministro republicano Juan García Oliver.

De un viaje de dos meses por Estados Unidos (marzo-abril de 1974), donde visité las instituciones políticas y recorrí el país de costa a costa, con una beca del departamento de Estado, regresé a Barcelona con un baúl de libros, enviado por vía marítima. Los concernientes a las cuestiones españolas –centradas, sobre todo, en la guerra civil– se codeaban extrañamente con estudios sociológicos de *Cómo se fabrica un presidente*, las memorias de los presidentes Truman y Eisenhower, la historia de la política exterior estadounidense, la crisis de los misiles en Cuba o los discursos y el asesinato de John Kennedy. Y un libro aleccionador que me causó entonces una impresión perdurable: *The arrogance of Power* (*La arrogancia del poder*, 1966), del ilustre senador James William Fulbright, a cuya iniciativa se

deben las becas de que han disfrutado muchos estudiantes españoles en EE.UU..

Mis visitas a la URSS, que se hicieron más frecuentes tras la llegada de Gorbachov al poder, en 1985, me permitieron adentrarme en el mundo eslavo, que ya había conocido en Yugoslavia, mientras intentaba al menos familiarizarme con el alfabeto cirílico, y desembocaron en un libro titulado *La sonrisa de la perestroika*, que publiqué en 1987, seguido dos años después por *La caída del muro*, un largo ensayo, del que estoy bastante satisfecho, sobre el derrumbe del socialismo real en los países de la órbita soviética.

Como dijo un testigo excepcional, el dramaturgo Vaclav Havel, que fue presidente de la que entonces era Checoslovaquia, «la historia, que había sido artificialmente detenida, se puso de nuevo en marcha a tal velocidad que parecía increíble». En un mes se produjeron tres acontecimientos históricos: El 9 de noviembre se derrumbó el muro de Berlín. El 1 de diciembre estaba en Roma para asistir a la primera visita que un presidente soviético, Mijail Gorbachov, realizó al papa Juan Pablo II. La viví en directo, en el interior del Vaticano, pues así lo quiso el sorteo que se realiza habitualmente entre los enviados especiales. Dos días después me trasladé a Malta, donde los presidentes George Bush padre y Gorbachov proclamaron oficialmente el fin de la guerra fría, mientras se abatía sobre la isla el temporal de lluvia y viento más fuerte y persistente que recuerdo.

Mi interés por la historia española y muy especialmente por la Edad de Plata literaria que se abre con el 98 y se cierra trágicamente con la guerra civil está representada por la mejor y más nutrida colección de la biblioteca, en la que se alternan las series de la historia de España (Menéndez Pidal, Miguel Artola, Vicens Vives, Tuñón de Lara, Editorial Gredos) con numerosas monografías, estudios sectoriales, obras completas de algunos testigos relevantes y documentos varios. Mis conocimientos sobre este período se han plasmado en dos libros: *La guerra de todos*, que publiqué inicialmente por fascículos en *El Periódico de Catalunya* en 1986, al cumplirse el cincuentenario del inicio del conflicto armado, y

un *Diccionario onomástico de la guerra civil*, editado en 2006, en el que se recogen las biografías de 334 protagonistas de aquella tragedia que sigue pesando en el imaginario colectivo de muchos españoles.

El propósito que me guió al escribir esos libros está recogido en la nota introductoria del *Diccionario*, con las siguientes palabras: «He pretendido guiarme por una visión general del conflicto que tiende a la neutralidad, pero no la indiferencia, sin ocultar el horror y la amargura que me producen el desgarramiento de tantos españoles, las heridas infligidas y el retraso provocado por los casi tres años de combates en el desarrollo material y moral de la nación, seguidos por una dictadura de 40 años». Puse mucho interés en subrayar cómo los españoles de entonces padecieron y juzgaron la guerra fratricida, que tiene poco que ver afortunadamente con nuestro irrevocable rechazo en el siglo XXI.

Literatura hispanoamericana

La pasión por la literatura estuvo centrada por unos años en el llamado *boom* hispanoamericano, del que me impresionaron dos novelas que considero renovadoras y cruciales: *Cien años de soledad*, del colombiano Gabriel García Márquez, cuya primera edición en la Editorial Suramericana, de Buenos Aires, en 1967, conservo con cariño, aunque un poco fatigada por sus muchos lectores, y *Conversación en la catedral*, publicada en 1969, del peruano Mario Vargas Llosa, quizá más innovadora pero de más ardua lectura. Y también, los cuentos de Julio Cortázar y los relatos de Álvaro Mutis.

Guardo todas las grandes novelas surgidas de manera memorable en los años sesenta del pasado siglo en aquel continente cuyos habitantes hablan nuestra lengua. Con inusitado interés seguí la evolución ideológica del mexicano Octavio Paz, que resume toda la trayectoria intelectual de muchos escritores del siglo XX, desde la guerra civil española a la disidencia surgida del desengaño comunista. Releí y utilicé en algunas reflexiones sus ensayos de dos bellos libros: *El laberinto de la soledad* y *El ogro filantrópico*. Las

obras completas de Octavio Paz, Jorge Luis Borges y Alejo Carpentier fueron adquisiciones que me produjeron una inmensa satisfacción. Las de Carpentier, curiosamente, las compré en Moscú, adonde habían llegado desde Cuba, en edición definitiva. Los textos periodísticos y los artículos de Octavio Paz, Vargas Llosa y García Márquez me siguen acompañando en mi tarea.

Paradójicamente, durante un viaje por Argentina y Chile sentí la comezón de retornar a la literatura francesa. El viraje lo debo a una visita a la Chascona (la Desgreñada), nombre de la amante y de la vivienda que tuvo en Santiago de Chile el poeta Pablo Neruda, donde observé que lo más destacado de la biblioteca eran los diez tomos de las célebres *Memorias de ultratumba*, de René de Chateaubriand, en una espléndida edición francesa con lomos de piel y cantos dorados. Me extrañó que un poeta de ideología comunista pusiera sus ojos en el gran memorialista francés, con fama de romántico y reaccionario. Lo primero que hice fue adquirir una edición francesa de las *Memorias de Ultratumba* (*Mémoires d'outre-tombe*), una obra prodigiosa que leí con fascinación creciente. Era el genuino creador del francés contemporáneo, antecedente inevitable de Proust. El libro 24, titulado «Juicio sobre Bonaparte», constituye una pieza maestra de la literatura universal y un ejemplo de las cimas a que puede elevarse un memorialista, superando con talento todos los prejuicios.

El Día del Libro

No quiero terminar este recorrido apresurado sin referirme al Día del Libro, que, como ustedes saben, se celebra en España desde 1926 y que a partir de 1930 coincide en el 23 de abril con la fecha de la muerte de tres genios de la literatura, aunque con distintos calendarios: Miguel de Cervantes y el Inca Garcilaso de la Vega, según el calendario gregoriano, y William Shakespeare, según el calendario juliano.

Mi mejor homenaje a Cervantes consiste en haber hecho del Quijote una lectura para todas las edades. Primero, las antologías escolares,

luego el texto sin comentarios, y finalmente, la lectura más sosegada con comentarios. Tengo varias ediciones excelentes de *El Quijote*, entre ellas, la de Francisco Rodríguez Marín, en 10 volúmenes, probablemente la más erudita, y la conmemorativa del tercer centenario de la publicación de la primera parte, en 1905, con los comentarios de don Diego Clemencín, ilustre e ilustrado murciano, precedida por un enjundioso estudio crítico de Luis Astrana Marín. Me acompaña la frustración del bibliófilo por no haber podido adquirir la edición debida a los profesores Rodolfo Schevil y Adolfo Bonilla.

Me permito recordarles que el Instituto de Estudios Giennenses guarda al menos cinco excelentes ediciones del Quijote, entre ellas, la famosa de don Juan Antonio Pellicer, de finales del siglo XVIII, y una de las más antiguas, la de Juan Bautista Verdussen, publica en 1697, en Amberes, en la misma centuria que los historiadores de la cultura empiezan a llamar «El siglo del Quijote».

Entre las ediciones contemporáneas, dispongo de las muy notables de Astrana Marín, Martín de Riquer, Francisco Rico, Vicente Gaos, José Manuel Blecua y la argentina de Celina Sabor de Cortázar e Isaías Lerner. Para disfrutar con la lectura de la obra inmortal, sin excesivo aparato crítico, me permito recomendar dos ediciones baratas y asequibles: las de las editoriales Castalia y Cátedra, ambas en dos volúmenes de bolsillo, que se deben a dos hispanistas dedicados a la más alta erudición. La primera, la de Editorial Castalia, por el profesor Luis Andrés Murillo, de California, y la segunda al profesor John Jay Allen. También es recomendable y muy asequible la del profesor español Florencio Sevilla, publicada en dos tomos por Alianza Editorial.

Al rematar este viaje por mi biblioteca, con el que espero no haber agotado su paciencia y su cortesía, soy consciente de que la pasión de lector y bibliófilo muchas veces puede resultar inexplicable para los demás, sobre todo, en esta época que presagia el ocaso e incluso la traumática extinción de la llamada galaxia Gutenberg, el período histórico abierto por el célebre impresor de Maguncia que revolucionó el mundo del libro

al componer la Biblia con caracteres móviles, a mediados del siglo XV.

Todas las estadísticas nos advierten de la pérdida de capacidad lectora de las nuevas generaciones, aunque el fenómeno no entrañe necesariamente un descenso del coeficiente intelectual. Lamentamos los mayores que no arraigue en los niños el gusto por la lectura, pero la verdad es que muchas de las funciones antes asignadas al libro hoy las cumplen eficazmente otros medios. Vivimos inmersos en una cultura del oído y, sobre todo, de la imagen.

Pero yo me aferro a la concepción de la literatura y el libro como un producto cultural insustituible, con independencia de su consumo. Creo que lleva razón Gregorio Salvador, académico de la Española, cuando asegura que «el libro es invencible». Y por eso me pregunto con zozobra si las generaciones que nos sigan, enfrascadas en la subcultura que circula por la televisión o internet, serán capaces de entender la máxima

de José Martí, el libertador de Cuba, según la cual «los libros calman, consuelan, enriquecen, redimen». Son una medicina para el espíritu. Ya aseguraba el ensayista francés Michel de Montaigne que el placer del trato con los libros superaba a todos los demás, porque nos «consuela en la vejez y en la soledad, lima los pinchazos del dolor». «Los libros –añadía– nunca se enfadan y siempre me reciben con buena cara». Alberto Manguel, especialista en la historia del libro y de la lectura, auguraba que en un futuro no muy lejano, «leer será un acto de rebeldía y también un acto de supervivencia».

Con esa esperanza me despido, me ofrezco para cualquier consulta que quieran hacerme y les doy las más expresivas gracias por su atención.

Barcelona, abril de 2008.